

# Rábanos

LUIS MIGUEL HERNÁNDEZ

Narrador, magíster en Creación Literaria, Universidad Central.

La tarjeta estaba escrita en letra cursiva. Venía en un sobre de manila dirigido a Clarissa Durango. Bill lo había pisado al abrir la puerta del apartamento. Vivía solo desde la muerte de su madre.

Leyó de nuevo: “Clarissa, falleció su hermano. Entierro mañana. Sentidas condolencias”.

Dentro del sobre había también una fotografía de tío Gil. Por la época cuando se tomó aquella fotografía, tío Gil tendría unos treinta y cinco años, la misma edad que él ahora.

A tío Gil lo habían hecho desaparecer de su vida. Durante años, Bill extrañó las tardes de los sábados cuando agazapado bajo la ventana del cuarto, él escuchaba aquella música extraña pero agradable a sus oídos. Pensaba que tío Gil regresaría algún día, así como él regresaba a casa, cuando Clarissa lo llevaba a consulta médica cada vez que enfermaba y volvía con un dulce relleno de chicle, obsequiado por la enfermera en recompensa por su buen comportamiento.

Con el tiempo, los rasgos de la cara de tío Bill se habían desfigurado de la memoria de Gil, la música esfumada en apenas un recuerdo de melodías vagas. A ello contribuyó la prohibición que pesaba sobre cada uno de los integrantes de la familia de hablar de tío Gil. El cuarto clausurado, la música prohibida.

Seis años habían transcurrido hasta aquel domingo cuando Clarissa lo hizo levantar temprano, le puso su mejor vestido y salió con él hacia la estación. Era la prime-

ra vez que viajaba tan lejos de su casa. Las montañas y los árboles que veía desde la ventanilla del autobús eran de formas exóticas; las mismas personas que iban allí lo eran. Un campesino con ruana, una mujer con enaguas de flores. Era mediodía cuando llegaron al pueblo. En el centro, una plazuela sembrada de altos árboles, una iglesia. Nada parecido a la ciudad de grandes edificios, de avenidas congestionadas llenas de personas, de autos que conocía.

El rumor lejano de un río, el sonido de las copas de los árboles movidas por el viento produjeron en Bill una sensación de bienestar. Su madre lo condujo de la mano hasta un *jeep* que los esperaba frente a la iglesia. Él, con la cabeza levantada hacia el cielo, se dejó llevar mientras aspiraba el aroma de los eucaliptos. Clarissa lo haló bruscamente hacia el *jeep*. Al cabo de unos minutos de transitar por una sinuosa carretera pavimentada, pasaron a una interminable trocha cuesta arriba.

En el trayecto, nada perturbó el ruido del motor que luchó contra la empinada montaña, ni siquiera el sonido de las piedras que rebotaban contra el chasis; ni siquiera la voz del chofer que cantó todo el trayecto; ni siquiera el hermetismo de Clarissa.

El *jeep* se detuvo ante una puerta de madera que alguien abrió apenas el conductor hizo sonar el claxon.

Clarissa agradeció de manera fría al conductor. Su voz pareció nueva a los oídos de Bill. No fue la voz cálida que le era característica; sonó espesa como la niebla que apenas permitía ver los contornos de una

edificación hacia la cual se dirigieron por un sendero sembrado de guijarros. Apenas estuvieron frente a la construcción de ladrillo y piedra, Bill vio cómo la puerta se abrió por arte de magia. Pero no, no era magia.

Una mujer con una toca blanca sobre la cabeza, un vestido largo negro hasta los pies, con un lazo amarrado a la cintura y un crucifijo en el pecho apareció frente a ellos.

Era la primera vez que Bill veía una monja. Casi suelta la risa al ver sobre la cabeza de ella una especie de gorro con dos puntas extendiéndose hacia los lados y una punta hacia arriba. Pensó en una pieza de origami e imaginó que esas puntas eran alas, y que con ellas la monja había descendido volando hasta la puerta; que ahora cerraba y casi en la misma acción, sin mediar palabra, tomaba del brazo a Clarissa y la llevaba hasta el otro extremo de la sala mientras le murmuraba algo para que él no escuchara.

Al momento llegó otra monja y llamó a Clarissa.

—Espera aquí. No te muevas. Ordenó su madre desde el extremo de la sala antes de seguir a las dos mujeres y desaparecer por una puerta al fondo del salón.

Dos sillones, una mesa de centro, una chimenea con troncos secos quemados a medias, dos cuadros, era el mobiliario del salón. La primera de las pinturas que llamó la atención de Bill mostraba a dos hombres desnudos entrelazados en una lucha cuerpo a cuerpo. Otro hombre vestido todo de negro los amenaza con una fusta.

Sentado en el centro, otro hombre, indiferente a la pelea, hace muecas simiescas. Otro está de pie con las piernas abiertas y los brazos cruzados y apretados contra el pecho. El cuerpo desnudo lo cubre una especie de camisón sin mangas, sobre la cabeza lleva un sombrero de paja.

La otra pintura muestra en el rincón de una habitación un anciano vestido todo de azul, sentado en una silla, cubriéndose la

cara con los puños cerrados en un gesto de desesperación.

Bill intenta indagar en estas pinturas algún sentido, pero unos pasos lo distraen. Es Clarissa. Llega secándose las lágrimas con un pañuelo.

—Ven conmigo. Tío Gil quiere saludarte.

Luego de atravesar un laberinto de puertas y pasillos llegan hasta la habitación que ocupa tío Gil.

Mira por la ventana hacia el jardín. Se da vuelta y sonríe al niño que acaba de entrar tomado de la mano de Clarissa. Se acerca. Bill no puede apartar la mirada de las cicatrices que surcan los brazos de tío Gil.

—No te asustes. Son heridas de guerra. No tengas miedo. Ven y saluda al tío Gil. Pero vaya si has crecido desde la última vez que nos vimos. No tengas miedo. ¿Acaso no me recuerdas?

Sus palabras van acompañadas con una mezcla de nerviosos tics que a Bill le parecen cómicos.

Bill balbucea un tímido sí y mira a Clarissa.

—Los voy a dejar solos. Pórtate bien.

Tío Bill ha cambiado mucho desde el día que llegaron unos hombres vestidos de blanco y lo obligaron a subir en un auto. Ahora tiene una barba rala, el pelo largo y desordenado bajo un sombrero y hace gestos extraños con la boca. Le recuerda a uno de los hombres del cuadro que acaba de ver en el salón.

También sus movimientos han cambiado. Son medidos como los de un gato en estado de alerta. Para su alivio no ha cambiado la nariz aguileña, los ojos inquisitivos detrás de las gafas gruesas; la sonrisa amable.

Al salir Clarissa, tío Gil cierra la puerta.

—Es para estar más tranquilos. Para que no nos escuchan. Aquí molestan mucho; no me dejan en paz.

Bill se acomoda en la única silla que hay en la habitación.

—¿Quieres?

Tío Gil le ofrece una bolsa de papel.

—Rábanos. Pruébalos. Son deliciosos.

Con cautela y para no defraudarlo, Bill toma uno y lo prueba. Le sabe a picante. Lo escupe. El tío Gil suelta la carcajada ante la muestra de desagrado en el rostro del niño. De la bolsa toma tres rábanos y se los echa a la boca. Los mastica ruidosamente.

—Exquisitos. Soy algo maniático, como lo comprobarás, pero no te asustes. Mis manías no afectan a nadie. Ríe de nuevo con la boca llena. Permanecen en silencio durante varios minutos. En la silla, Gil balancea los pies sin alcanzar el suelo.

—¿Te gusta la música?

Bill asiente con la cabeza.

—¿Sabes que es la música? Te lo voy a contar. La música es algo que cuando te atrapa, lo hace a traición, y de ella nunca más puedes escapar. Es como un cordón umbilical por el cual corre una savia especial que alimenta tu espíritu, te pone en sintonía con el universo, pero no cualquier música te engancha, tiene que ser una en especial, una que vaya de acuerdo con tu manera de vibrar con la vida.

Bill lo escucha. Lo mira moverse y no deja de compararlo con un gato. Tío Gil le hace una señal con la mano y él se acerca hasta el baúl. Con la mano izquierda sostiene la tapa levantada mientras con la derecha hurga en el fondo.

—Mira. Una luna negra —le confía en voz baja.

Pero Bill solo ve un disco.

Deduce que las conversaciones familiares en las que se afirma que es una vergüenza para la familia son verdad. No puede creer que tío Gil, con quien aprendió a montar bicicleta, que le hizo sentir una especie de éxtasis de libertad pedaleando los domingos en el parque en aquel primer

vehículo que había sentido como propio y parte de sí mismo, esté loco. Para él las imágenes de la locura están representadas en violencia y dolor, lágrimas y camisas de fuerza. Aquel hombre en cuclillas, que mastica rábanos, que le mira, le sonríe, le muestra un disco y le dice que ese objeto es una luna negra, es un hombre solitario y triste que quiere compartir con él un secreto que está dentro de aquel baúl. Se arma de valor.

—¿Es cierto que estás loco? ¿Por eso estás aquí en esta casa? ¿Estás loco como los hombres del cuadro colgado en el salón de la entrada?

Tío Gil no responde. Se incorpora con el disco en la mano y lo pone en el tornamesa junto al baúl. Gradúa la velocidad a 33 RPM. Descarga el brazo sobre el tercer corte.

La primera vez que Bill escuchó aquel sonido tan particular, una especie de rasguño continuado sobre una superficie dura, acompañado de música, tenía siete años y se había apostado bajo la ventana del cuarto de tío Gil.

La fascinación seguía intacta y él era ahora partícipe directo del hechizo. La música salió a borbollones. El cuarto en penumbras se iluminó. Cesó el frío. La niebla se disipó. Los hombres del cuadro no luchaban, danzaban, sus muecas eran risotadas. Los rábanos sabían a terrones de azúcar. Al brazo del tío Gil lo cruzaban notas musicales.

Comenzó a llevar el ritmo, primero con las manos, luego con los pies. El tío Gil hizo lo mismo. Danzaron al ritmo frenético de la canción. Al terminar, Bill se sentó sobre la cama, agitado y sudoroso.

—Esa es la música, Bill. Ya te dije hace un momento, ella llega hasta ti para poseerte, para entrar en sintonía con tu vida. Hoy fue tu bautizo en el jazz. Tal vez cuando seas mayor, cuando sepas más del mundo, cuando hayas experimentado otras

Lo dejaron tan maltrecho que su madre lo internó en una clínica de reposo. En las clínicas por donde deambuló, soportó todo tipo de tratamientos, terapia de electrochoque, duchas de agua amoniacal, palizas.

clases de música, te cases, o estudies, o tengas hijos; olvides este momento. La única certeza que tendrás es que Bud Powell fue tu padrino en el jazz.

Hizo una pausa para secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano. Ofreció a Bill más rábanos y este los recibió con agrado. Continuó.

—La gente decía que estaba loco, así como mi hermana Clarissa y todos los demás piensan de mí que lo estoy. Pero a fin de cuentas todos los humanos estamos un poco locos. ¿No te parece? Pianistas, albañiles, lecheros, escritores. ¿No crees?

Bill asintió.

—Este Powell del que te cuento era genial; el más grande de los grandes pianistas. Pertenece a esa clase de genios capaces de componer música maravillosa, pese a que sufrían depresión, ansiedad o lo que fuera. Powell no contó con mucha suerte. Luego de un recital en un bar, unos policías lo golpearon tan fuerte en la cabeza que le hicieron perder el juicio. Lo dejaron tan maltrecho que su madre lo internó en una clínica de reposo. En las clínicas por donde deambuló, soportó todo tipo de tratamientos, terapia de electrochoque, duchas de agua amoniacal, palizas. ¿Pero sabes que

lo mantuvo en pie? ¿Sabes que impidió renunciara a la vida?

Tomó el disco del tornamesa y lo mostró a Bill.

—Esto es lo que me mantiene vivo en este maldito lugar al que mi familia me ha confinado por no ser “normal”, como dicen ellos. Cada hora que paso en este lugar, en este edificio de ladrillo y piedra, me digo: ¿Acaso la música no es un síntoma de locura, sino la forma de combatirla? Cuando despierto a las tres de la mañana, lo único que me mantiene con vida es la música. Si no, me volvería loco.

Bill no comprendió muy bien todo aquello que tío Gil había dicho mientras se movía dentro del cuarto, como el león que había visto alguna vez en el zoológico. En su cabeza aún estaba la música y la frase *bautizo en el jazz*.

Clarissa llamó desde el otro lado de la puerta.

—Bill, hijo, es hora de marcharnos.

Tío Gil lo abrazó y le dio dos rábanos.

—Para el camino, muchacho.

Le guiñó un ojo.

Fue la última vez que vio al tío Gil.

Bill vuelve a mirar la fotografía. Tío Gil aparece encorvado sobre un piano con sus gafas de carey. Su pelo largo y ondulado llega a pocos centímetros de sus largos dedos.

Mira hacia el foco de la cámara. Parece absorto en una especie de comunión íntima con las teclas de marfil. Bill y él tienen los mismos rasgos. No son como dos gotas de agua, pero sí muy parecidos.

—Esta fotografía, seguro la tomó mamá en la segunda visita que hizo a tío Gil. A la que no fui. En aquel año le llevaron el piano que tenía en el cuarto.

Consideró su deber ir y sepultar a tío Gil. Nadie excepto él, lo recordaba con afecto. Entre los papeles que Clarissa guardaba encontró el nombre del pueblo

y del sanatorio. Empacó los antidepresivos, algunas cosas y salió hacia la estación. Pensó el viaje como unas cortas, merecidas vacaciones.

En el bus buscó el lado de la ventanilla. Una mujer se sentó a su lado y le sonrió. Se conectó a unos audífonos, abrió un libro y se sumergió en otra dimensión.

*Es indudable que todo cambia con los años, inclusive la percepción que tenemos de las cosas, de las personas. Aquellas montañas ya no son las grandes moles que parecían tocar el cielo, los árboles ya no son los que parecerían moverse; los campesinos con sus ruanas, sus vestidos de flores, no son tan pintorescos. Tío Gil murió. No volverá a comer rábanos.* Eso piensa Bill mientras el autobús se acerca a su destino y de soslayo sigue la lectura de *El extranjero* que lee la mujer.

Camus había formado parte de las lecturas adolescentes de Bill. Le había mostrado realidades absurdas, le había despertado una apatía hacia lo convencional que se movía en el mundo. Había subvertido el concepto que tenía de la autoridad. Le había evidenciado que la felicidad no estaba en lo externo ni en religión, ni en la sociedad, ni en la familia. Estaba dentro de él mismo. En la seguridad de la propia existencia. Todas aquellas ideas fueron cuajando en él. Fueron fermentándose como la levadura del futuro pan.

Un día, cualquier día, mientras la familia se reunía para hurgar en las heridas morales que Gil había causado a la familia; porque a alguien debían echar la culpa de los fracasos en los negocios, de las enfermedades, de la mengua de la economía familiar; Gil decidió comenzar a vivir según sus propias reglas. Lo hizo a pesar de Clarissa, que murió reclamándole la falta de aspiraciones en la vida. Reprochándole ser, una prolongación horrorosa de tío Gil. Ahora ella tampoco estaba.

El hecho de llegar hasta allí; de poner los pies sobre el camino de piedra, de intentar hacer volutas con el vapor que salía de su boca, de acercarse a la puerta que una monja voladora abriría; de entrar al cuarto ocupado por tío Gil por más de cuarenta años; de abrir el baúl, tomar en sus manos la luna negra, ponerla en el tornamesa y escuchar como la primera vez *Tempus fugit* de Powell; es una forma de escapar de la rutina obstinada de ocho horas en un cubículo de oficina, de escapar a la existencia hipotecada de un vínculo matrimonial, escapar de mañanas de dentífricos gastados a medias; de fines de semana abúlicos.

De la bolsa que tiene en la mano toma dos rábanos y los masticó ruidosamente tal y como lo hacía tío Gil. ■